

§ CCCXXXIV.

Causas de los rápidos progresos del Protestantismo.

FUENTES.—*Marx*, Causas de la rápida propagacion de la Reforma en Alemania. Maguncia, 1834.

Encuétrase naturalmente una gran parcialidad en los juicios de los Protestantes sobre este punto. Han osado sin escrúpulo comparar la rápida propagacion del Protestantismo con los lentos progresos que hizo el Cristianismo en su nacimiento, sin tener en cuenta que las circunstancias eran enteramente diferentes, pues que por un lado el desprecio y las mas sangrientas persecuciones fueron la herencia de los primeros cristianos, mientras que por el otro se prometian á los sectarios de las nuevas doctrinas las libertades y favores mas extensos.

Nosotros nos atenderemos á los hechos para emitir nuestro juicio de una manera imparcial. 1.º Las serias quejas que se habian levantando en los concilios universales contra abusos constantes, ayudaron en gran manera la empresa de Lutero. Se le escuchó con favor cuando se declaró, como otros obispos bien intencionados, contra los abusos, y principalmente contra el de las indulgencias, tanto mas, cuanto en los primeros tiempos pretendió Lutero enseñar la doctrina pura de la Iglesia católica y no llevar otro objeto que la abolicion de los abusos y la mejora de la disciplina. Así fue como engañó á muchas gentes, no solo entre el pueblo, sino entre los sabios, como Willibaldo Pirkheimer¹. Si desde el principio hubiese desechado los dogmas de la Iglesia, muchos de sus partidarios hubieran temblado y retrocedido ante el pensamiento de separarse positivamente de la Iglesia católica.

2.º Lutero y sus partidarios no perdonaron medio alguno para desfigurar la doctrina católica y presentar su propio sistema como la pura y verdadera enseñanza del Evangelio. No se avergonzaron de hacer pasar á los ojos de los ignorantes el santo sacrificio de la misa por una impiedad, y el culto de los Santos como una

¹ Véase § CCCXV.

idolatría. El símbolo de los Calvinistas pretendia tambien que «la verdad pura y divina se halla desterrada de la Iglesia romana; «que los Sacramentos han sido pervertidos y falseados por esta, y «que en ella se cree y practica toda clase de supersticiones é impiedades¹.» Partiendo de este principio² escribia Lutero con una seguridad tal, que no dejaba á los que una vez le habian concedido su confianza la menor duda sobre la verdad de sus asertos. La tiranía de los Papas está descrita con los colores mas vivos en sátiras sangrientas y en libelos injuriosos. Se exaltaba con exageracion, y á veces de la manera mas inconveniente, la libertad evangélica.

3.º No puede menos de reconocerse que los escritos violentos y populares de Lutero, Zuinglio y otros, entre muchos errores, encerraban muchas cosas verdaderas, bellas y razonables³; y Melancton, Calvino y Beza agradaban y seducian singularmente por su estilo puro y clásico. La solicitud de Lutero y sus partidarios por la instruccion religiosa de la juventud y del pueblo, fue tambien muy útil á su causa. Los catecismos de Lutero, acogidos con gran favor, excitaron poderosamente el celo de los Católicos por el cumplimiento de un deber tan formal y tan sagrado. El pueblo quedó satisfecho de oír el culto divino en la lengua nacional. Poco instruido por el clero católico, no comprendia el sentido, el valor, los motivos del uso de la lengua latina, ni conocia apenas el precioso tesoro que encierra la liturgia romana. Descubriasele de pronto todo lo que hay de tierno, de profundo y de dulce en las oraciones de la Iglesia; las entendia, las comprendia, y se le daba la comunión del cáliz por tanto tiempo pedida y tan ardientemente deseada. Todo esto debia preparar al pueblo á acoger favorablemente las nuevas doctrinas.

4.º Lutero halagaba al pueblo poniéndole en las manos una nueva Biblia, de la que cada uno debia ser libre intérprete. Lo seducia con esta mentira repetida bajo mil formas: «Aunque el derecho de enseñar pertenece á todo cristiano⁴, el Clero se ha

¹ Así se expresa el símbolo de los calvinistas franceses.

² *Menzel*, loc. cit. t. I, p. 84.

³ En *Augusti*, Corpus libror. symbolic. p. 170-77.

⁴ I Petr. II, 9.

«atribuido á sí solo el derecho de leer la Biblia, porque ha previsto que concediéndoselo á todos, caerian los privilegios del sacerdocio, y que el pueblo seria igual en todo al Clero.» La doctrina de Lutero sobre el siervo arbitrio y la fe que justifica por sí sola, tranquilizaba al pueblo sobre sus pecados y sobre el medio tan fácil de remediarlos. Gozábase con verse desembarazado de las penosas prácticas de la confesion y del ayuno. En fin, el solo atractivo de la novedad, siempre tan poderoso, bastaba para revolucionar las masas.

5.º Lutero tuvo tambien la habilidad de mezclarse en la lucha de los humanistas y escolásticos y de ganar entre estos un gran número de partidarios, de la misma manera que habia sabido sacar partido de la guerra declarada por muy buenos obispos á los abusos eclesiásticos. Supo aprovechar tambien los mal dirigidos ataques de sus primeros adversarios, la imprudente discusion de Leipzig y el intempestivo uso de la bula de excomunion, al mismo tiempo que se servia hábilmente de la imprenta, todavía muy nueva, para extender rápidamente y á largas distancias el ruido de su empresa.

6.º Lutero ganó á los malos eclesiásticos y á los frailes sin vocacion, aboliendo el celibato y los votos monásticos, que pesaban mucho á algunos de ellos. Una vez rota la valla, la sensualidad y el temor del castigo no les permitian retroceder.

7.º La política vino igualmente en socorro del Protestantismo. Sin que Lutero hiciera expresa mencion de ello, se preveian las importantes consecuencias de su obra, bajo este concepto. Los atrevidos ataques dirigidos contra una autoridad antigua y respetable, el llamamiento á la razon individual y al sentido privado en el dominio religioso, tuvieron muy pronto su eco en la esfera temporal. Desechadas las órdenes del Papa, ¿podian respetarse las recomendaciones del cura? Tratando los reformadores sin consideracion alguna á las testas coronadas, ¿podia mantenerse el pueblo mucho tiempo en los límites de la obediencia? El labrador que pensaba poder decidir lo que era preciso pensar de las cosas divinas, ¿no se permitiria tambien tener su opinion en materia de caza y de derechos de pastos? Si votos hechos libremente no obli-

* Raumer, Hist. de la Europa desde fin del siglo XV.

gaban ya al religioso, ¿por qué habia de oprimir eternamente al pueblo una servidumbre impuesta contra la voluntad de Cristo? Lutero ahorró además al pueblo el trabajo de sacar estas conclusiones, desenvolviéndolas explícitamente en su doctrina (de la libertad de los hijos de Dios, y la guerra de los aldeanos demostró cuán pronto fue comprendido. El pueblo, dice un gran panegirista de los reformadores, abrazó ávidamente la Reforma, no porque de un golpe hubiese cambiado de sentimientos, hubiese renunciado á sus antiguas preocupaciones, reconociendo la verdad de las nuevas doctrinas y experimentando su excelencia, sino porque su corazon se conmovió con la voz armoniosa de la libertad que resonó en sus oídos y que ha ejercido en todo tiempo un poder mágico en un pueblo oprimido. «Estas gentes, decia tambien Melancton gimiendo, acostumbradas en adelante á la libertad, despues de haber sacudido el yugo de los Obispos, no admitirán ningun otro. ¿Qué les importan la doctrina y la religion? No se cuidan sino de la libertad y del poder.»

8.º Observa Schiller * que por una singular coincidencia concurrieron dos hechos políticos al cisma de la Iglesia: uno, la preponderancia súbita de la casa de Austria que amenazaba la libertad de la Europa y armó á los Príncipes; y otro, el activo celo de esta casa por la antigua Religion, celo que sublevó á las mismas naciones. «Los Príncipes, dice Menzel, aprovecharon con tanto mas gusto esta ocasion, cuanto esperaban libertarse de la soberanía del Emperador.» «La oposicion contra la autoridad imperial, añade Menzel, que en otro tiempo habia unido á los Príncipes con el Pontificado contra el Imperio, los echó en un camino enteramente contrario, haciéndoles abrazar el cisma como un nuevo medio de libertarse, cuando vieron al Emperador salir á la defensa de la causa del Pontificado.» Otro motivo inclinaba á los Príncipes hácia el Protestantismo; porque

9.º Lutero los animaba formalmente á apoderarse de los bienes de las iglesias y conventos, concediéndoles en su sistema el soberano poder eclesiástico. De este modo despertó en su corazon una codicia contra la que él mismo debió pronunciarse mas tarde. «Hay muchos Príncipes todavía, dice en uno de sus sermones,

* En su Hist. de la Guerra de los Treinta años, lib. I, en el principio.

«que son verdaderamente evangélicos, porque hay todavía muchos viriles católicos y bienes monásticos que coger.» Sus conversaciones de sobremesa entregan al diablo á los Príncipes y nobles que guardan para sí los bienes arrebatados á las iglesias, dejando á los servidores del Evangelio en una pobreza tal, que se están consumiendo con sus mujeres é hijos. «Lutero y Calvino, dice Federico el Grande, no eran muy grandes cabezas; pero consiguieron propagar rápidamente sus doctrinas, de la manera que se ve salir bien en su mision á embajadores de mediano talento que tienen que hacer valer condiciones ventajosas.» Para no perder estas ventajas,

10. Emplearon los Príncipes todo su poder temporal, á fin de introducir en todas partes la Reforma. Los hechos son tan patentes sobre este punto, que Jurieu, enemigo jurado de la Iglesia católica, dice francamente: «Es incontestable que la Reforma se ha hecho por el poder de los Príncipes. Así es que en Ginebra la hizo el Senado: en otras partes de la Suiza el Consejo general de cada canton; en Holanda, los Estados generales; en Dinamarca, en Suecia, en Inglaterra y en Escocia, los Reyes y los Parlamentos. Los poderes del Estado no se contentaron con asegurar plena libertad á los partidarios de la Reforma, sino que llegaron hasta quitar á los papistas sus iglesias, y prohibirles todo ejercicio público de su religion. Además, el Senado prohibió en ciertas localidades el ejercicio secreto del culto católico.» «En Silesia, dice Menzel¹, se estableció la nueva iglesia, especialmente por la proteccion de los Príncipes y Autoridades. La mayor parte de los comunes, fieles á sus antiguas prácticas, estaban muy distantes de pensar en cambio alguno de religion. Los aldeanos polacos, como los de la lengua alemana, adoptaron la forma religiosa que introdujeron sus señores. En Suecia fue Gustavo Wasa, el libertador de su patria, el que abrazó la nueva doctrina, porque creyó necesario dar esplendor á su nuevo trono con las riquezas y poder quitados al Clero. En Inglaterra fueron el divorcio de Enrique VIII y las diferencias que con este motivo se suscitaron entre el Papa y el Rey, las que dieron ocasion á la Reforma.» En este mismo sentido, dice Federico el Grande en sus Me-

¹ Loc. cit. t. II, p. 2; t. III, p. 91 y 92.

morias: «Si se quieren reducir las causas del progreso de la Reforma simplemente á los principios, se verá que en Alemania fue obra del interés, en Inglaterra del amor, y en Francia de la novedad.»

Observaremos, en fin, que ninguno de aquellos Príncipes tan entusiastas por la Reforma se distinguió por la lealtad de su conducta ni por la pureza de sus costumbres. No hay mas que comparar al voluptuoso y cruel Enrique VIII, al sensual Felipe de Hesse, al incrédulo y ligero Alberto de Prusia, á los déspotas de la Dinamarca y de la Suecia, Cristian II y Gustavo Wasa, con los Príncipes católicos contemporáneos, incomparablemente mas nobles, mas puros y mas elevados, como Jorge, duque de Sajonia, Maximiliano, Carlos V, Fernando II, Alberto, duque de Baviera, y otros.